



MARIAH EVANS



EN TIEMPOS DE
GUERRA

Copyright

EDICIONES KIWI, 2015
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, noviembre 2015

© 2015 Mariah Evans
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: iStock
© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Esta novela está dedicada con todo mi cariño y mi amor a mi tío Manolo:

Has sonreído durante toda tu vida, hasta tu último suspiro, dando un ejemplo de entereza para todos los que te han conocido. Nos has ayudado, cuidado, protegido y sé que desde el cielo seguirás haciéndolo.

Te has ido muy joven, demasiado, pero dicen que realmente una persona no muere si se la recuerda. Nosotros nunca

*te olvidaremos. Pienso recordarte cada día de mi vida y, como yo, toda la familia y amigos más cercanos.
Siempre te llevaré en mi corazón.
Tu sobrina que te querrá toda la vida.*

María



Chicago, 23 de diciembre de 1946

Miré de nuevo hacia el exterior del tren, a través de la pequeña ventana, mientras caminaba por el estrecho pasillo buscando cuál sería mi camarote. Había anochecido hacía varias horas, aun así podían distinguirse los copos de nieve que caían sobre el andén. Miré de nuevo mi billete y comprobé las indicaciones.

Segundo vagón, habitación E-7.

Observé el pequeño número tallado en madera que había sobre la puerta y comprobé que aún me faltaban unos cuantos para llegar. Agarré mi pequeña maleta y seguí caminando sobre ese suelo enmoquetado, observando aquel vagón a lo largo.

—Disculpe —pronuncié mientras me echaba a un lado permitiendo el paso de una mujer que corría tras de un niño. Me giré para observar cómo el pequeño se metía en una de

las primeras habitaciones y la madre posteriormente cerraba la puerta.

Me giré y seguí caminando hasta que me coloqué frente a la puerta. Volví a mirar mi billete comprobando el número y finalmente la abrí.

Era una habitación pequeña, consistía en dos sofás cama, uno a cada lado, tapizados en un rojo carmín al igual que la cortina que colgaba y tapaba la ventana. Las paredes de madera le daban calidez a aquel camarote totalmente vacío.

Di unos pasos hacia delante y cerré la puerta tras de mí.

Al menos ahí tendría todo lo que necesitaba. Un asiento confortable donde pasar la noche, iluminado por una tenue luz proyectada por una pequeña lámpara situada en el techo.

Deposité mi pequeña maleta en el asiento que no pensaba ocupar y me quité el abrigo negro colgándolo en un perchero situado tras la puerta.

Durante unos segundos sentí algo de temor, miedo, y me vi en aquel tren sin saber realmente si lo que estaba haciendo era correcto o no. No había cogido mucha ropa, ni siquiera sabía si a mi llegada a Dakota debería comprar otro billete de vuelta a Chicago. Pero debía intentarlo o me arrepentiría el resto de mi vida. Merecía la pena correr aquel riesgo.

Volví a observar mi camarote y me senté en el asiento frente a la maleta. Al menos era cómodo y podría dormir algo aquella noche.

Me desabroché el primer botón de mi camisa blanca y me quité un poco los zapatos para estar más cómodo. Allí dentro hacía calor. Demasiado calor.

Comprobé mi reloj de muñeca y observé que marcaban las siete menos diez. En diez minutos emprendería un viaje que a bien seguro marcaría mi vida, para bien o para mal.

Suspiré y me pasé la mano por los ojos en actitud cansada justo antes de escuchar cómo alguien llamaba a la

puerta.

Miré extrañado hacia ella, pues cuando había hecho la reserva había pedido un camarote que no estuviese ocupado, pero mi rostro debía parecer más confundido aún cuando abrí y una mujer me miró sonriente.

Su rostro era tierno, aunque surcado por algunas arrugas. Debía de tener unos sesenta y cinco años. Tenía las mejillas sonrosadas por el frío y los ojos llorosos. Llevaba un gran sombrero negro en el que habían quedado algunos copos de nieve. Iba realmente acorazada, con un gran abrigo de visón que hacía que su cuerpo pareciese más voluptuoso.

Me dio un pequeño golpe en el estómago con el paraguas, como si me echase una reprimenda, y luego me miró algo enfadada.

—Muchacho, ¿no vas a ayudarme? —dijo señalando posteriormente su maleta con el paraguas que llevaba en la mano.

La contemplé algo ensimismado, sin comprender realmente qué ocurría allí hasta que logré reaccionar.

—Sí, claro —respondí saliendo del camarote y dando los correspondientes pasos para agarrarle la maleta que, sin duda, había sido preparada mucho más a conciencia que la mía, pues pesaba lo suyo—. ¿Dónde se la dejo? —pregunté girándome lo suficiente para observarla, pero me quedé totalmente sorprendido, pues cuando me giré ella no se encontraba en aquel pasillo. Contrariamente, la puerta de mi camarote estaba abierta y unos pasos provenían de su interior. Arrugué mi frente y agarré la maleta situándome frente a la puerta—. Disculpe ¿qué está haciendo?

La mujer contempló todo a su paso. Las cortinas, mi maleta, mi abrigo, los sofás... Hasta que decidió que el de la derecha era más de su gusto y se sentó.

—Estoy acomodándome. —Sonrió mientras se quitaba el sombrero y ponía un gesto de espanto al observar los copos de nieve sobre este. Se llevó la mano a la espalda e hizo un gesto de dolor—. Tengo las lumbares fatal, muchacho, por favor, ¿te importa entrar mi maleta? —Me quedé durante unos segundos paralizado, sin comprender—. Este frío se

me coge a la espalda —se quejó la mujer de nuevo llevándose la mano a la zona lumbar.

Agarré la maleta y la coloqué dentro de la habitación para no molestar al resto de los pasajeros que circulaban por el pasillo.

—Disculpe, señora —pronuncié educadamente—, pero creo que se ha equivocado. —La mujer alzó una ceja en actitud desafiante—. Cuando hice la reserva me dijeron que viajaría solo.

La mujer suspiró y luego me sonrió.

—Ya, bueno, he comprado el billete apenas hace una hora —dijo extrayendo el billete de su bolsillo—. ¿Es el camarote E siete?

—Sí.

Me miró y me sonrió abiertamente.

—Pues es el mío —pronunció realmente animada, como si la idea de tener un acompañante le fascinase. La contemplé unos segundos y finalmente cerré la puerta de mala gana. Me quedé estático allí mismo, con mis manos en los bolsillos mientras la observaba quitarse el abrigo con gestos de dolor.

Finalmente chasqueé la lengua y me dirigí hacia ella.

—Espere —pronuncié con paciencia—, ya le ayudo. —Cogí una manga del abrigo de visón y tiré de ella.

—Muchas gracias. Eres muy amable —pronunció mientras sacaba con cuidado el brazo de la manga—. Que caballero. —Rio como si me echase un piropo. La mujer me sonrió alegre y tras coger su abrigo me tendió la mano—. Soy la señora Watts, pero me puedes llamar Nicole. O también me puedes llamar Nicky. —Automáticamente descendió su voz como si me explicase un secreto, haciéndome cómplice de él—. En realidad no soportaba que me llamasen con ese horrible diminutivo. Me acostumbré cuando lo escuché de los labios de mi nieto.

Colgué su abrigo en el perchero, sobre el mío, y le tendí la mano sin poder evitar sonreírle.

—Encantado. Soy Matthew Perlman. —Solté su mano y desplazé un poco más mi maleta hacia un lateral para sen-

tarme frente a ella.

Lo cierto es que me había hecho a la idea de viajar solo, pero en esos momentos detecté que aquella mujer podía ser una buena compañía y hacer que aquella larga noche pareciese más corta.

—Te llamaré Matt. ¿Puedo?

Le sonreí y acepté con la mano algo sorprendido por su pregunta.

—Claro.

—Es más juvenil —explicó mientras se quitaba la bufanda y la colocaba a su lado—. Eres muy joven, ¿qué edad tienes?

—Veintiocho.

—Muy joven. —Sonrió confirmando lo que había dicho antes. Me encogí de hombros y aparté la cortina para mirar por la ventana. Fuera, los copos de nieve caían con fuerza—. Menuda nevada, eh —volvió a comentar al observar que miraba por la ventana—. Hacía años que no nevaba así —explicó cuando coincidí la mirada con ella. Me volvió a sonreír y echó mano a su pequeño bolso que había depositado al lado. Lo abrió y extrajo un pequeño monedero de donde sacó una fotografía. La contempló sonriente durante unos segundos y después se echó hacia delante, acercándose un poco a mí—. Mira, es mi nieto —dijo mostrándome la fotografía donde aparecía una mujer con un niño en brazos. La mujer tenía el cabello recogido en un gran moño, debía de llevar un vestido claro, ya que la fotografía en blanco y negro recalcaba la claridad de sus ropas. El niño debía de tener poco más de un año y sonreía alegre hacia la cámara.

—Es precioso —respondí sonriente mientras me volvía a apoyar contra el respaldo del asiento.

La señora Watts se apoyó también contra el respaldo y contempló la fotografía durante unos segundos con una mirada cargada de ternura.

—Me insistían bastante con que pasase las Navidades con ellos —explicó mientras la guardaba de nuevo en su monedero—. Al principio pensé ¿qué hace una mujer de sesenta años viajando sola? —Se echó a reír mientras parecía

cuestionarse de nuevo aquella pregunta—. De acuerdo, sesenta y dos. —Rio como si le hiciese gracia la broma que había hecho. Suspiró y se encogió de hombros—. Pero al menos no pasaré sola las Navidades y estaré con mi nieto. — No pude menos que asentir y sonreírle. La mujer se quedó callada unos segundos—. ¿Y tú? ¿Dónde vas?

—Voy a Devils Lake.

La mujer abrió los ojos desmesuradamente.

—Pues tenemos un buen viaje por delante —remarcó sonriente. Luego miró hacia mi bolsa de equipaje y se quedó pensativa—. No llevas mucho equipaje —dijo señalándolo—. ¿No vas a pasar las Navidades con tu familia?

Me quedé observándola con un gesto tierno durante varios segundos, con la mirada perdida y pensativa. Al final reaccioné y le sonreí.

—No exactamente —susurré mientras la locomotora del tren emitía un silbido anunciando que se iniciaba el viaje. Miré mi reloj, el cual marcaba las siete en punto de la tarde, y después observé cómo el tren comenzaba a avanzar saliendo de la estación con su particular sonido constante de las ruedas de hierro sobre el raíl. Los copos de nieve caían con más fuerza que hacía unos minutos. Me quedé extasiado mirando unos segundos cómo la estación de Chicago quedaba atrás y la silueta de los árboles comenzaba a aparecer tras la ventana. Suspiré con algo de temor y la miré sonriente—. Es una larga historia —susurré.

La mujer me miró con gesto animado.

—Pues tenemos toda la noche —rio. No pude menos que sonreírle de nuevo. Arquee una ceja hacia ella en actitud no muy segura y miré sonriente hacia la ventana—. Vamos, muchacho, tenemos toda una noche por delante. — Me animó de nuevo mientras hacía gestos de impaciencia con sus manos.

Afirmé con mi rostro mientras una sonrisa lo inundaba y la miré algo inquieto.

—Está bien. —Me encogí de hombros aún no muy seguro—. ¿Conoce el barrio de Avondale? —pregunté con una sonrisa.

—Por supuesto —respondió la mujer alegre porque iniciase mi historia.

Afirmé y la volví a contemplar pensativo.

—Pues yo crecí ahí —respondí mientras me internaba en mis pensamientos y me remontaba hacia mil novecientos veintiséis, a aquel barrio tranquilo en el centro de Chicago, donde realmente había sido feliz. Hacía ya mucho tiempo de aquello, concretamente veintidós años, pero lo recordaba como si hubiese ocurrido ayer. Sin poder evitarlo, una sonrisa inundó mi rostro al comenzar a explicarle.



Pedaleó más fuerte haciendo que las ruedas rodasen más rápidas y su bicicleta cogiera más velocidad. Llegó hasta la zona más alta que alcanzaba la carretera y una vez la bicicleta comenzó a rodar por aquella pendiente cuesta abajo gritó de júbilo. Le encantaba la velocidad.

Sonrió mientras notaba el viento sobre su rostro, mientras sus cabellos negros se movían hacia atrás por la corriente de aire. Pero algo le llamó la atención. En cuanto llegó al final de la cuesta se frenó colocando su pie en la tierra para mantener el equilibrio. Se giró y miró hacia la parte más alta de la carretera, donde comenzaba aquella bajada que tanto disfrutaba.

Emma permanecía estática allí, contemplando la pendiente.

—¡Vamos Emma! —gritó Matthew—. ¡No pasa nada! Solo irás un poco más rápida.

Emma lo miró durante unos segundos y arrugó su frente debatiéndose en qué hacer. Se apartó un mechón de cabello castaño claro de sus ojos azules y miró algo indignada a Matthew, el cual se encontraba bastante alejado.

La voz de la niña le llegó a través de la suave brisa que corría aquel atardecer.

—Este camino no me gusta. Te dije que me esperases —se quejó—. Vas demasiado rápido —lloriqueó—. Tienes las piernas más largas que las mías —comentó aún estática en lo alto de aquella pendiente.

Matthew medio sonrió.

—¿Y qué tendrá que ver eso con pedalear más rápido? —susurró. Luego elevó su brazo y le hizo un gesto con la mano para que bajase y se uniese a él—. ¡Venga, Emma! Tampoco es para tanto. ¡Llegaremos tarde!

Emma miró de nuevo hacia abajo y pareció suspirar mientras se resignaba. Comenzó a descender lentamente mientras apretaba de forma constante el freno para que su bicicleta no se embalase. Todo lo contrario a lo que él hacía.

La contempló hasta que se colocó a su lado y la recibió con una sonrisa.

—Ves como no es para tanto —comentó mientras se ponía de nuevo sobre el sillín para comenzar a pedalear.

—Siempre me dejas sola —volvió a quejarse.

Matthew la observó de nuevo y esta vez hizo un gesto de arrepentimiento.

—Está bien, perdona —pronunció en un susurro—. No lo volveré a hacer.

Emma pareció satisfecha con la respuesta y aceptó con su rostro mientras colocaba sus pies sobre los pedales y comenzaba a avanzar con la bicicleta al lado de él.



La Señora Watts me miró sonriente, interrumpiendo mi explicación.

—¿Quién es Emma?

Le sonreí mientras desplazaba mi mirada hacia la ventana, donde los copos de nieve caían con fuerza.

—Era mi vecina —comenté volviendo mi rostro hacia ella—. Y mi mejor amiga. —Luego ensanché aún más mi sonrisa.



Arrojó la bicicleta sobre el césped de aquel pequeño parque situado a pocas manzanas de su vivienda, se giró y miró hacia su compañera la cual depositaba su bicicleta con cuidado apoyada en un árbol.

Emma miró hacia el frente donde un grupo de niños jugaba por el parque corriendo sin cesar y escondiéndose tras los árboles y arbustos.

Algunas madres de los niños que jugaban en aquel parque se encontraban paseando o sentadas en uno de los bancos situados bajo los frondosos árboles, hablando tranquilamente.

—Vamos —le dijo comenzando a correr hacia ellos, aunque posteriormente aminoró la marcha al ver que volvía a dejar a su amiga atrás. Se situó a su lado y le sonrió mientras bajaba la velocidad de sus pasos. Ella le sonrió al ver lo que hacía.

Corrieron hasta allí y se plantaron al lado de Walter, uno de sus mejores amigos.

—¡Matt! —comentó el niño mientras se dirigía hacia ellos. Se colocó enfrente y le sonrió. Luego miró de reojo hacia Emma, la cual estaba al lado de su amigo, y le sonrió mientras sus mejillas tomaban un tono sonrosado—. Hola, Emma.

—Hola —respondió mientras se colocaba correctamente su vestido azul y descendía la mirada hacia sus zapa-

tos negros, manchados con un poco de barro.

—Estamos jugando al escondite ¿jugáis? —preguntó emocionado.

—Claro —respondió Matt tanto por él como por ella.

Walter los miró a los dos sonriente y luego señaló hacia Emma.

—Pues la paras tú —pronunció algo autoritario.

Emma arrugó de nuevo su frente y la sonrisa que había en su rostro desapareció.

—Da igual —intervino Matt acercándose a su amigo y mirando hacia Emma—. Ya cuento yo.

Emma le sonrió mientras Walter se encogía de hombros, se giró hacia el resto de amigos y les gritó.

—¡Eh! ¡Cuenta Matt! —Automáticamente comenzó a correr hacia el resto de sus amigos, quienes tras mirarle un segundo comenzaron a correr buscando un buen escondite.

Emma se acercó a él y le sonrió realmente emocionada.

—No me encuentres rápido —le pidió en un susurro. Directamente echó a correr.

Matthew fue hacia el árbol más cercano y se apoyó en él cerrando los ojos y comenzando a contar.

Durante un segundo separó su rostro del brazo para ver hacia dónde se dirigían sus amigos. Sonrió y volvió a apoyar su rostro en el brazo mientras acababa su cuenta atrás.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno —gritó más fuerte. Se separó del árbol y miró a todos los lados—. ¡Voy! —avisó.

Sabía hacia dónde dirigirse, los había visto correr hacia su derecha. Miró un segundo hacia atrás asegurándose de que no había nadie escondido cerca y comenzó a caminar hacia ese lado.

Llevaba un paso lento observando cada rincón del parque, lo que menos quería es que alguien se adelantase y corriese hacia el árbol para salvase.

Iba a avanzar unos pasos más cuando escuchó la risa de algún compañero suyo. Se giró rápidamente, directo pa-